

LA PINTURA ANECDÓTICA DE LINDA DONOVAN

Por: Héctor Ceballos Garibay

Vivir intensamente una experiencia determinada, sentir el impacto de una visión asombrosa que súbitamente ilumina el pensamiento y poder expresar la esencia de un momento fugaz, a estas tres capacidades se referían los artistas vanguardistas alemanes de principios del siglo XX cuando empleaban la palabra “erleben”, y esto es también lo que para fortuna de su público hace Linda Donovan a través de sus cuadros: transmitir la parte sustancial de una vivencia, eternizar en el tiempo y en la memoria aquellos instantes hondamente gozados o sufridos, sean banales o trascendentes, los cuales se transmutan en imágenes perennes y universales gracias al prodigio del arte.

De entre las numerosas cualidades de esta obra, hoy plenamente madura y cuyo estilo resulta inconfundible, deseo detenerme en el carácter anecdótico de sus lienzos: todos ellos nos cuentan historias de la vida cotidiana, sea que ésta transcurra en los ámbitos íntimos del hogar, en cierta habitación o en una terraza, sea que suceda en el tráfigo diario de la esfera pública, transitando una calle, descansando en la plaza o el parque. Así entonces, aparecen ante nuestros ojos multitud de personajes disímbolos y en situaciones “humanas, demasiado humanas”: mostrando su dolor o su alegría, fumando o bailando, platicando trivialidades o disfrutando la suave melancolía del silencio. De inmediato el espectador se deja cautivar por estos relatos apasionados y minuciosos que revelan el modo sublime como fue impactada emocionalmente la artista en tal o cual circunstancia de su prolongado andar y divagar por el mundo. Ya se trate de sus vivencias en Europa, Estados Unidos y América Latina, de sus contrastantes e hipersensibles estados de ánimo o de sus meditaciones de mujer-artista-mujer, cada cuadro nos narra un riquísimo anecdotario personal, pero no lo hace con las consabidas palabras del lenguaje escrito o verbal, sino con esas impactantes imágenes que son, tal como lo dijera el crítico alemán Herwarth Walden al referirse a la transgresora producción plástica de los albores de la pasada centuria, “expresiones tormentosas de su ser”: rostros compungidos, máscaras sarcásticas, figuras contorsionadas, gestos adoloridos, actitudes sufrientes, cuerpos en acción dramática y ámbitos sombríos o patéticos que resultan elocuentes por sí mismos.

Vale la pena, una vez establecidas las temáticas y el estilo expresionistas de esta obra, aludir a una interesante paradoja: no obstante que Linda Donovan tiene una personalidad hedonista y vibrante, capaz de disfrutar del trato diario con la gente y de gozar la “alegría de vivir” que suscita en ella el arte (sobre todo el cine, la pintura y el jazz), sin embargo ocurre que la mayoría de las anécdotas

reproducidas en sus cuadros nos hablan del inevitable dolor de existir, de las penas y desdichas que asolan este mundo: la soledad, la tristeza, la miseria, la envidia, la injusticia, la crueldad, la vanidad, los abusos de los poderosos, la falta de solidaridad, el funesto desamor y el egoísmo creciente que nos circunda. Y frente a este mundo e inframundo saturados de alegrías y sufrimientos, de utopías y desencantos, de conquistas emancipatorias y regresiones totalitarias, Linda se compadece amablemente de sus criaturas imaginarias, les tiende una mano amiga con su arte a esos seres de la vida cotidiana tan dejados a la deriva, tan necesitados de una mirada comprensiva, tan conmovedoramente dignificados gracias a su pintura humanista.

La artista estadounidense, avecindada en Morelia, Michoacán, ciertamente no utiliza los colores puros y estridentes de los expresionistas alemanes o de los fauvistas franceses, sus ilustres predecesores en esta insigne tradición, sino que prefiere tonalidades menos agresivas, más atenuadas y pálidas, aunque, al igual que aquellos movimientos vanguardistas, su obra también manifiesta violentos contrastes de color, contornos angulosos y trazos gruesos e inacabados. Además de compartir el talante subversivo y la subjetividad furiosa de la escuela expresionista germana y francesa, la obra pictórica de Linda igualmente resulta lucida, profunda y efectiva a la hora de recrear la sicología tanto de sus personajes como de las distintas atmósferas (interiores o al aire libre) que conforman el universo imaginario de sus cuadros. Sin repetir las deformaciones intimidantes de rostros y masas corporales realizada por Francis Bacon y sin recurrir a las líneas disolventes y nerviosas utilizadas por Oskar Kokoschka en sus retratos y paisajes, Linda Donovan posee, a semejanza de estos dos grandes maestros del siglo XX, un talento notable para captar el estado anímico de los rostros, de los cuerpos y de los contextos vivenciales que refigura y configura a través de su pintura. Pero a diferencia del artista inglés –que fue un misántropo irredimible– y en contraste con el exhibicionismo confeso del pintor austriaco, Linda, debo repetirlo, ama intensamente la vida, goza a raudales del frenesí (el Bebop) y de la elegancia (el Cool) de ese Jazz que vitalmente la acompaña a todas horas, cuando fuma, cuando tritea en la soledad, cuando platica con los amigos y, sobre todo, cuando plasma con suprema ternura la infinidad de anécdotas que nos refieren las miserias y grandezas de sus personajes pictóricos, esos seres coloridos que adquieren vida y esencia perennes gracias a la generosidad de su obra.

A 12 de marzo del 2004, Sés Jarhání, Uruapan, Mich.

